

Piatek, Tomasz

Algunas noches fuera de casa - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona

Editora, 2006.

188 p.; 22x14 cm. (Interzona ficción)

Traducido por: Bárbara Gill

ISBN 987-1180-27-6

1. Narrativa Polaca. I. Gill, Bárbara, trad. II. Título

CDD 891.85

Interzona ficciones

Título original: *Kilka nocy poza domem*

© 2002 Tomasz Piatek

© 2006 Bárbara Gill, traducción

© 2006 Interzona editora S.A.

Lavalle 750, piso 19° B

Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Diseño: Trineo

Imagen de tapa: Retrato de Tomasz Piatek por © G. Swiecicki,
cortesía del Sindicato de Autores de Varsovia.



ESTA PUBLICACIÓN HA SIDO SUBSIDIADA POR EL PROGRAMA DE
TRADUCCIÓN DEL INSTITUTO DEL LIBRO POLACO.

ISBN: 987-1180-27-6

Impreso en Argentina en enero de 2006

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier
medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

El departamento que compré había pertenecido a un viejo al que se le sellaban los labios, como una herida cuyos bordes se unen. No había cirujano que lo aliviara: los labios, con toda regularidad, volvían a pegarse y quedaba sólo un agujerito, por donde el tipo podía ingerir líquidos con la ayuda de una pajita. Al poco tiempo incluso el agujerito desaparecía y había que volver a operarlo.

El vecino de abajo me contó que mi predecesor aprendió a aullar por la nariz, lo que resultaba muy desagradable, sobre todo si lo hacía de noche. Finalmente se esfumó y entonces aparecí yo. Parece ser que la familia llevó al inválido a algún centro, lo dejó allí de por vida y me vendió el departamento a mí, para cubrir los gastos de los tratamientos y la estadía.

No sé si tenía alguna relación con las particularidades de la vida de aquel hombre, pero el departamento tenía una distribución muy poco común. En verdad era menos que un monoambiente, porque no tenía ni una sola habitación, aunque tenía todo lo que suele haber en un departamento. Estaba compuesto de cocina, baño y un gran vestíbulo. En algún momento esa antesala debía llevar a algunas habitaciones, pero las puertas fueron tapiadas cuando subdividieron el departamento. Por fuerza el vestíbulo era para mí como una habitación. Al comienzo, cuando me mudé, tuve que dormir cerca de la puerta de salida, que daba a la escalera. Después logré arreglarme un poco mejor, porque en ese vestíbulo había tres pequeños huecos. En otro

momento habrán sido unos pasillitos que llevaban a las habitaciones, pero ahora tenían apenas un metro y medio o dos de profundidad y terminaban en una pared. Los separé de la antesala con cortinas y los convertí en tres minihabitaciones muy agradables. En una de ellas logré ubicar el colchón. Colgué la cortina más gruesa, una azul, para separarla del resto de la casa. Podía dormir allí muy cómodo –estaba el radiador– y largamente, porque en el trabajo tenía que estar sólo a eso de las once o doce.

Recuerdo que aquel día en particular tardé en despertarme más aún que de costumbre. Saqué la cuenta de que debí haberme despertado y vuelto a dormir cinco o seis veces. Durante todo el tiempo tuve el mismo sueño, algo así como un teleteatro en capítulos. Soñaba que entraba a una página de internet y leía: “Un nuevo pitecantropus de sorprendentes posibilidades”. En realidad, la última vez no llegué a dormirme, sino que con toda conciencia vi las imágenes del sueño.

Sin embargo, por fin entendí que estaba oyendo algo muy copado. Eso me sacó lentamente de la cama, primero la mente y luego el cuerpo, que comenzó a arrastrarse de entre las sábanas. Desde el televisor me llegaba mi canción favorita de la serie de dibujos animados *Víctor, el Demolidor*. Era dulce, sobre todo en la versión polaca:

*Pegamento, tornillo, cuero viejo
¿Qué será? Un agujerito negro
Una pesadilla entre pesadillas
En el centro no hay tres dimensiones
No hay dimensiones, sino zancadilla
Te convertís en un puntito triste
No hay rebelión, aun si la quisiste.*

Sacudí la mano hacia el costado, acerté a la cortina y la aparté hacia la izquierda. Una luz asquerosamente brillante llenó de inmediato mi hueco. Como si alguien me salpicara los ojos con limón. Corrí la cortina y enseguida todo fue más agradable. Pero no quería dormirme por séptima vez. Me moví a ciegas hacia el lado de la cocina, porque allí estaba la ventana que brillaba

con semejante crueldad; por otra parte, la única de la casa. Pensé que al despertar siempre se debería caminar por algún tiempo con los ojos cerrados. Se hace más fácil pasar del sueño a la realidad.

–Díganos, por favor, si es verdad que alguna vez se podrá adivinar todo lo que piensan los demás –preguntaba una voz televisiva de mujer.

–Bueno, es un cierto ideal hacia el cual puede que marchemos, pero siempre sigue lejano. No obstante, los estudios neurolingüísticos se desarrollan con mucha celeridad. Puede ser que alguna vez se pueda leer, con un noventa y nueve por ciento de exactitud, lo que otro piensa en base al estremecimiento de su mano, del iris, del ritmo de la respiración. Porque con seguridad cada pensamiento específico, cada idea tiene un temblor que sólo a ella le es propio –contestaba alguien con la voz de un buenazo amante de la gastronomía. Tenía la esperanza de que seguía siendo el dibujo animado.

La principal virtud que tenía el edificio era que cada propietario recibía de modo gratuito un habitáculo en el altillo. El altillo era limpio, cálido y sobre todo seguro, porque allí vivía el encargado de seguridad. Uno de mis vecinos, cuando se retiró de la policía, organizó una empresa de vigilancia. A cambio de un par de habitáculos para su empresa, accedió a vigilar todo el altillo. Instaló toda clase de rejas, cerrojos y alarmas. Por eso yo guardaba mis cosas más valiosas en el altillo, entre otras, la mac. Y me pasaba allí la mayor parte del tiempo.

Del hueco que transformé en placar desenterré un par de pantalones, una remera de *Víctor, el Demolidor* y salté dentro de todo eso, porque antes estaba desnudo. Salí del departamento. En la escalera no pasaba nada, sólo el vecino corría y recorría sin cesar la cerradura de su puerta. Podía oír cómo hacía girar la llave.

Fui al altillo. Pasé rápidamente a través de todas las puertas, rejas y seguros y después me encerré en mi piecita. Desperté la computadora, que estaba en stand by. Revolví algunas páginas de internet, miré la de La Bola que Revienta, y después entré a la de Criminet.

Seis jóvenes de Legionów están sospechados de haber asesinado a un amigo. Artur, de dieciséis años, salió ayer de su casa,

a las dieciocho, para encontrarse con su chica, Ewelyna J., un año menor que él. Un grupo de desconocidos lo asaltó mientras caminaba por un arbolado, lo arrojaron a un pozo profundo al pie de una escarpa, y después hicieron deslizar la arena, que sepultó a Artur. Seis amigos de Artur fueron detenidos e indagados esta mañana. Se supo que envidiaban a Artur porque tenía novia.

Janusz L., cartero motorizado, cursaba con su automóvil de servicio entre Olsztyn y Elbląg cuando advirtió que había un hombre tirado sobre la carretera. Bajó del vehículo. Lo que vio le produjo vómitos. El hombre estaba desnudo, muerto y cruelmente masacrado. En un primer momento resultó difícil establecer si lo que se veía era la cara o la parte posterior de la cabeza. Una inspección más minuciosa llevada a cabo por los peritos permitió establecer que el occiso, antes de morir, fue sometido a distintas torturas, entre otras con una medalla conmemorativa. La medalla, calentada al rojo vivo, fue aplicada al pecho de la víctima. Como un sello. Hay sospechas de que el asesinado sería el desaparecido hace tres días Marek S., “Krakus”, uno de los jefes de la mafia de los autos de Białystok.

–Mree... –oí justo sobre mi cabeza. Del mismo lado del que me llegaba calor al cuello.

Ésa era otra de las características interesantes del altillo. Allí, bajo el techo, se unían los caños y otros elementos de metal, que llevaban los sonidos de todos los pisos. Eso sí, los distorsionaban un poco, de modo que todo lo que gritaban los vecinos me llegaba como un simpático ronroneo no articulado. Se podía calentar la mejilla acercándola al caño de agua caliente y al mismo tiempo escuchar esos sonidos. De algún modo influían para que pensara en mis vecinos con más simpatía. También se podía tratar de distinguir las palabras, pero eso no daba resultados tan agradables. Alguna vez escuché la palabra “ricota”.

Había vuelto a la Criminet para verificar qué más había sucedido, cuando algo comenzó a vibrar y zumbear en mis pantalones. Saqué el celular del bolsillo.

–¿Maciek? –preguntó con cuidado Teresa, mi jefa.

–¿Sí? –contesté con el mismo cuidado.

–¿Estás en la redacción?

–Eso depende –dije. Maquinalmente miré alrededor, pero como en mi piecita no había ninguna ventana, entré con toda rapidez a la página del servicio meteorológico. La Criminet siseó y se redujo a una banda en la parte superior de la pantalla.

–¿Eso qué significa? –seguía preguntando Teresa, inquisidora como siempre. El pronóstico decía que iba a nublarse antes del mediodía, y a las trece comenzaría a llover.

–Eso significa que puedo estar después de la una. Antes tengo que resolver una cuestión en la ciudad.

–Ya va a ser la una –me recordó Teresa. Era cierto, el reloj de la computadora marcaba algo así. Había que adaptarse a la situación con cierta rapidez.

–Precisamente –dije–. Lo resuelvo rápido.

–Bueno, entonces está bien. Porque tenemos algo que hay que hacer a toda velocidad.

–¿De qué se trata?

–No te lo voy a decir ahora. Nadie lo sabe.

–¿La Criminet tampoco? –pregunté por las dudas.

Hubo silencio. Del auricular sólo llegaba un tintineo tenue, como si una ovejita se hubiera perdido en las montañas. Lo más probable era que Teresa estuviera revolviendo su té. Cada día bebía más de una decena de vasos de té antes de las tres. Odiaba las tazas, y después de las tres pasaba al café.

–Bueno, en realidad, ellos tampoco –dijo finalmente.

–Voy a estar por ahí en cuanto pueda –dije.

Salí corriendo de la piecita, la cerré con llave, después cerré la reja y de un salto estuve en la escalera. Ya iba a bajar a todo correr, cuando en el descanso apareció el coronel. El coronel era demencialmente lento y más demencialmente ancho. Cuando lo esquivé, no pareció muy contento, como si no le gustaran esa clase de acciones. Me di cuenta de que tenía sus medallas prendidas en los alrededores de la bragueta. Debía tener problemas bastante serios con la coordinación de las manos. Sabía que el coronel era coronel, porque siempre andaba de uniforme.

Por la ventana de la caja de escalera se veía más que nada un cielo nublado. Todavía no llovía, pero casi. Corrí un piso abajo

y ya estaba en mi departamento. Cerré la puerta con todos los cerrojos. Entré como una tromba al baño y abrí la ducha.

Durante quince minutos estuve parado bajo el agua caliente y sólo tuve ideas que sonaban como shu-shu-shu. Imitaban el rumor del agua y por suerte no tenían ningún significado. Pero cuando cerré el agua, el shu-shu-shu seguía. Era la lluvia que por fin había comenzado a caer. Me sequé a toda velocidad, fui a la cocina y miré cómo la ciudad se volvía cada vez más privada. La gente desaparecía de las calles y ya se veía esa luz íntima, gris, parecida a la penumbra que suele haber en las casas.

Me vestí con un pantalón y una remera, esta vez de la Rata del Canal Ponzoñoso. Corrí al exterior lo más rápido que pude. En la calle no había nadie, sólo un par de personas temblaban en la parada de autobuses de plexiglás transparente, sobre el que se veían magníficamente las gotas de lluvia.

Es curioso que incluso los peores chorros le tengan miedo a la lluvia. Habría que hacer una estadística sobre cuántos delitos se cometen en los días despejados y en los lluviosos. Apuesto que los días despejados son más peligrosos que el carajo.

El paredón marrón de Dolna estaba todo rayado de lluvia y por eso no me di cuenta de inmediato qué significaba una gran inscripción verde, enmarañada, que alguien había pintado en el paredón: “Rabin 1972-2001”.

“Rabin” era el seudónimo de un personaje muy interesante de un grupo con el que en otros tiempos solía reunirme con regularidad. Para ser exacto, era una banda, se llamaban Los Judíos y hacían música definida como gothic noise o black noise. Por supuesto, no había ningún judío entre ellos. Rabin usaba una kipá, porque era el vocalista y algo así como el líder. Los Judíos tenían algún público, pero terriblemente disperso entre distintos grupos etarios, cosa que no podían entender los de las discográficas. Por eso Los Judíos habían editado un solo disco. Se llamaba *Potenciador*. El mejor corte –si se lo escuchaba como corresponde varias veces– era algo así como el monólogo de un tipo que odiaba a su esposa, y lo que más odiaba era movérsela. La llevaba a un pantano y la ahogaba, pero ella a la noche de algún modo se le materializaba en la cama

y comenzaba a cogérselo con todo; y así todas las noches. Lo peor era que ella lo hacía con amor.

Rabin producía también algunas otras cosas interesantes. Por ejemplo, grandes esqueletos de seres antropomorfos contruidos con huesos de pollos asados prolijamente roídos.

Además de Rabin, en la banda estaban el batero, o sea percuisionista, Wilu; Andrzej, el guitarrista y Robert, en el bajo. El mismo Rabin se llamaba en realidad Michał Jazgarzewski. La cosa con Rabin era así: todos los sucesos más importantes de su vida eran eternizados en los paredones mediante grafitis verdes. No sé quién pintaba esos grafitis, no creo que fuera Rabin, nunca se dijo que él lo hiciera. Tenía que ser algún otro, a lo mejor los fans. Aunque fueran pocos, eran seguidores y bien informados, porque cuando Rabin se separó de su anterior pareja, enseguida aparecieron varios “Gygy”, precisamente de ese color verde con un reborde rojo. Las inscripciones eran siempre no articuladas, así que era difícil sacar de ellas alguna conclusión. Sin embargo, los iniciados, o sea los fans, sabían que se trataba de Rabin. Y los más iniciados sabían incluso de qué se trataba.

Pero ésta era sorprendentemente clara. Seguro que se trataba del cumpleaños, aunque Michał, o sea Rabin, no festejaba sus cumpleaños. En esas ocasiones se vestía de luto, que, por otra parte, no se diferenciaba demasiado de la ropa que usaba todos los días.

Para llegar a la redacción tuve que esquivar una cantidad de lombrices aplastadas sobre la vereda. Al fin y al cabo podía pisar alguna y no preocuparme, pero no sé por qué no podía hacerlo. Anka, que estaba con nosotros en la redacción a prueba y precisamente salía del edificio, también parecía no poder pisarlas, porque intentaba saltar por encima de ellas. Me sonrió, pero no le contesté porque advertí que llevaba algo blanco en una cajita de plástico transparente. En el comedor debían estar sirviendo lengua con salsa de rábano picante, pero no estaba muy seguro, porque la cajita se llenó de vapor justo cuando ella se cruzaba conmigo, y lo que había adentro se hizo invisible.

El vigilador, Artur, estaba parado con su mameluco negro bajo el techito de la escalera exterior y miraba el cielo, de tal

modo que yo sólo veía su mentón. Cuando pasé al lado, meneó la cabeza, pero no me miró. Tenía una cabeza excepcionalmente grande, mis compañeros decían que no tendría que ser vigilador, sino científico.

Introduje el microchip en la puerta. El camino hacia la redacción quedó abierto para mí, más exactamente, el camino hacia el primer hall. Detrás de él había otro, y más allá un tercero. Para llegar más lejos había que atravesar todos. Los halles eran muy chicos y cada uno tenía el aspecto de que más allá no había nada. Todos estaban decorados en color crema y las puertas estaban ocultas por pilares.

Por fin alcancé nuestra sección, que era muy pequeñita. Las paredes eran de plástico, transparentes, pero mis compañeras nos habían aislado del mundo pegando papelitos con anotaciones, chistes gráficos y juguetes de peluche que tenían el aspecto de cruza entre elefante y murciélago (con predominio de murciélago). Cada vez que yo abría la puerta, las criaturas que colgaban como uvas movían desacompadadamente las cabezotas.

–Epidemia aguda de bajón –le dije a Beata, que trabajaba conmigo en la sección.

Beata intentaba aislarse del mundo, mirando con fijeza el monitor de la mac. Seguro que hoy estaba furiosa, a lo mejor porque estaba sentada junto al teléfono de Anka, la que estaba a prueba. Debía estar supliéndola atendiendo el teléfono de los lectores. Los lectores nos llamaban para hacer comentarios sobre las notas, cada sección tenía uno de esos teléfonos. Esas llamadas de lectores se grababan, a veces incluso se publicaban. Teóricamente los autores debían escuchar las opiniones acerca de sus textos, pero nadie lo hacía, porque era penoso.

Miré por sobre el hombro de Beata. Estaba en internet, en una página que tenía de fondo algo así como velos de encaje blanco que se extendían hasta el infinito, hasta el horizonte de la pantalla. Comencé a leer: “Tienes un enorme poder sobre tu Amado”, pero Beata me tapó la pantalla con la cabeza, mostrándome su carita enculada. Tenía unos lentes de contacto de la gran perra, verdes, del color de los caramelos de menta.

–¿Querés algo?

–Espiar lo que leés.

–Andá a tu lugar.

–¿Me darías la dirección de esa página? –pregunté.

–No. Bueno, está bien, anotó –dijo y sonrió de un modo desagradable, como si me estuviera haciendo una guachada. Escribí: www.casadelamor.pl.

Lo anoté rápido sobre un papelito, que resultó ser la impresión de un artículo de la semana anterior, acerca de una misteriosa carnicería en una fiesta privada; y después pasé a la habitación siguiente, más diminuta aún. Era el cubículo de Staszek, que por lo general estaba ahí, pero justo no estaba. No sé por qué le habían asignado una oficina separada. A lo mejor por la edad. Tenía más de cuarenta. Parece que pasó a nuestra sección cuando unos desconocidos le mataron a alguien de la familia.

Después de esa habitación, había que pasar por otra más, en la que no trabajaba nadie, y por eso ahí se refugiaban los fumadores. Sobre el escritorio, los estantes, el antepecho de la ventana y el suelo había decenas de ceniceros de distintas formas. Los habían traído de todas las secciones cuando prohibieron fumar en el edificio.

Más allá sólo estaba la oficina de Teresa. La secretaria de la redacción estaba del otro lado, así que nosotros, los trabajadores, podíamos entrar sin anunciarnos, aunque no solíamos hacerlo, a menos que nos llamaran. Abrí la puerta tapizada con algo rojo y mullido.

Teresa estaba sentada detrás del escritorio, muy inclinada sobre una hoja de papel. La primera cosa que vi fue su cabello, teñido de pomelo rubí. En un primer momento pensé que se había teñido de ese color para hacer juego con la decoración de su oficina. Porque la oficina tenía precisamente ese color y era muy vanguardista, aunque cálida. Lo que más me gustaba eran unos triángulos grandes, de un material gomoso, muy cómodos para sentarse.

En uno de esos triángulos se había acurrucado precisamente Staszek. Tenía el pelo negro, pero con dos parches grises, porque encanecía de un modo irregular. En la redacción decían que el primer parche le había aparecido después de aquel asesinato, y el segundo cuando caducó la causa. Además, Staszek tenía

alrededor de la boca unas arrugas demasiado grandes para sus cuarenta años y un modo de torcer la cabeza que hacía que su cara se viera siempre en ángulo. Eso dificultaba comprender qué expresión tenía.

–Llegó el compañero mojado –dijo Teresa en voz baja–. Sentate, pero no mojes los papeles. Sacate el abrigo. La cosa es así. En la Criminet encontramos tres noticias...

–Momentito –interrumpió Staszek–. Dijiste que los de la Criminet no lo tenían.

–Tienen esas tres noticias, pero es notorio que no las relacionaron entre sí, porque no escriben nada así –contestó Teresa–. Lean.

Nos alcanzó tres impresos grises de internet.

Herbert I., de dieciocho años, y Monika S., de diecisiete, ambos de Varsovia, no dan señales de vida desde hace ya una semana y media. Los dos adolescentes de un barrio de viviendas de interés social desaparecieron el miércoles pasado. Se supo que Herbert y Monika estaban muy enamorados. Los jóvenes querían verse todo el tiempo, pasaban juntos hasta seis horas diarias. El dieciséis, a las veintiuna, Herbert llamó por teléfono a Monika y arreglaron un encuentro. Se citaron en la plazoleta del conjunto edilicio, a pesar de que llovía torrencialmente. El padre de Monika, inquieto, se quedó observando por la ventana. Sólo vio que su hija salió corriendo entre las ráfagas de lluvia. “Vea, cuando entró en la oscuridad, ya no pude ver nada”, afirmó frente a nuestro periodista.

Bartek G., de dieciséis años y Justyna J., ambos de Varsovia, desaparecieron de modo misterioso. Bartek y Justyna se conocieron a través de internet. Cuando se confiaron las respectivas direcciones, resultó que vivían en la misma ciudad. Comenzaron a encontrarse a pesar de la oposición de sus padres, quienes consideraron que iniciar una amistad “por la computadora” era anormal. Hace seis días salieron juntos y no volvieron. Ninguno de los dos se llevó algo de la casa: dinero, ropa, mochila o algo de valor. Eso significa que con toda probabilidad Bartek y Justyna no planeaban huir de sus casas.

Los padres temen por sus vidas.

Sebastian R., de veinte años, y Marta B., de veintiuno, desaparecieron hace una semana, es decir el veinticinco. El muchacho y la joven se conocían y tenían amistad desde hacía poco tiempo. Alrededor de las diecinueve ambos salieron de sus respectivos hogares. Los dos les mintieron a sus padres acerca del motivo de la salida. Sebastian les dijo a sus padres que iba al cine con Marta. La muchacha dijo que iba a ver a una amiga.

No había terminado de leer cuando Staszek plegó sus impresos en mitades, en cuartos y finalmente los redujo a un cuadrado diminuto. Después fijó la vista en el cuadradito y preguntó en voz muy baja:

–¿Todo en un solo mes? ¿En Varsovia?

–Sí –confirmó Teresa, incrustándose más aún en su gran sillón blando, que emitía sonidos que parecían chupadas. Daba la impresión de que podía tragársela sin ninguna dificultad.

–A lo mejor son coincidencias –dije–. Puede ser que simplemente esas parejas hayan tenido “un encuentro cercano” con los pungas. Digamos la verdad, salir de casa es un asunto riesgoso.

–Pero por qué todos al mismo tiempo... –contestó Staszek y no fue que se interrumpiera, sino que bajó tanto la voz que ya no lo oímos.

–Incluso si es así, como vos decís –Teresa se dirigió a mí–, entonces tenés un fenómeno social. Gente joven y enamorada de pronto comienzan a encontrarse con una gran agresividad –se detuvo y nos miró. Y después desvió rápidamente la mirada hacia el costado, como si nosotros fuéramos los agresivos y la asustáramos.

–En una de éstas, es una epidemia de fugas de la casa –contesté. Me pareció que el asunto les parecía más serio de lo que era.

–Rezaría para que así fuera –Staszek ya casi susurraba–. Pero fijate, esos tipos de la Criminet también lo investigaron, por eso preguntaron por las mochilas y cosas por el estilo que los pibes pudieron haberse llevado. Los pibes no se llevaron nada.

–Dicen eso sólo en uno de los casos –dije–. Pero ya que considerás que esas desapariciones son una sola cosa, hacete cargo. A lo mejor averiguás algo.

–No, yo no puedo –Staszek me sonrió, creo que por primera vez en la vida–. Tengo la escuelita de comandos. Vos sabés que es una cuestión peliaguda, ahí les enseñan a pibes de diez años cómo matar a una persona. Y eso viene durando desde hace un rato...

–Además, creo que es un tema para vos –se asoció Teresa–. Ya sabés, andar por el barrio, charlar con la gente, con los pibes de los monoblocs...

Conversar con los vagos era lo último con lo que podía soñar. Pero por otro lado, era lo último para lo que serviría Staszek.

–Bueno, está bien –dije levantándome–. Voy a empezar a buscar los datos de esos pendejos en la policía.

–Pará –me detuvo Teresa–. Por ahí, contactate también con los de la Criminet. A lo mejor ellos te dan esos datos.

–Entonces habría que proponerles algún arreglo.

–Deciles –Teresa se quedó pensando–... deciles que queremos hacer una nota en base a su información. Gracias a ellos caímos en algo muy interesante. En la nota les vamos a dar los créditos. Y el mismo día que la publiquemos, les vamos a pasar la nota, así van a poder publicarla simultáneamente. Nosotros les pasamos la data.

Salimos con Staszek y entramos a la oficina de los fumadores. Staszek, por supuesto, de inmediato prendió uno de esos espantosos cigarrillos que humean tanto que parecen un paquete entero. Adentro ya había tres tipos que le daban al pucho, lo que hacía que la habitación fuera llenándose de volutas de humo gris cada vez más densas. La ventaja era que para los compañeros de afuera éramos cada vez más invisibles.

–Teresa no es ninguna boba, se avivó muy bien de cómo venía la mano –dije, porque Staszek y Teresa eran muy unidos.

–No fue ella. Fue una de las chicas nuevas –dijo Staszek–. No es nada raro. Esas “shikses” se pasan el día en internet.

–Qué palabra interesante, “shikse” –dije–. Quiere decir “sirvienta” en idish, ¿no?

–Me parece que sí –dijo Staszek–. Es idish, al principio significaba “muchacha goy”, es decir, no judía.

Los judíos. Me acordé de Rabin. Tendría que llamarlo por teléfono y enterarme qué había pasado como para merecer un grafiti en el paredón. Pero era mejor sacarse primero de encima el laburo y llamar a la Criminet.

Me senté frente a la computadora y me metí en su página, pero ahí no había nada: ni dirección –real, no de internet–, ni número de teléfono. Sólo el e-mail. En la guía telefónica, en el 110, tampoco había información. Tuve que mandarles un e-mail y describir toda la propuesta de arreglo, con la tenue esperanza de que alguien lo leyera.

Eso me recordó que además tenía que entrar a la página “casadelamor”, pero allí también me encontré con una pequeña sorpresa. Cuando le di enter a la dirección apareció una página toda negra con letras claras: *Te damos la bienvenida a la Casa del Amor. Antes de que cruces sus umbrales, contesta:*

¿Estás con alguien?

1-Casado.

2-Viven juntos.

3-Se aman pero todavía no viven juntos.

4-Otra respuesta.

Acepté la respuesta número cuatro.

¿Cuántas veces te enamoraste en toda tu vida?

1-Una.

2-Dos.

3-No recuerdo.

4-Otra respuesta.

Acepté el número cuatro, porque la respuesta era decididamente otra.

¿Cuál de estos colores es el que más te gusta?

1-Rosa.

2-Amarillo.

3-Negro.

4-Celeste.

Acepté el número dos.

¿Cuál de estos instrumentos musicales es el que te gusta más?

1-Guitarra eléctrica.

2-Armónica.

3-Violín.

4-Serrucho.

Con toda firmeza acepté el número cuatro.

Consideras que traicionar a la pareja es:

1-Quedarse mirando en la calle a una persona atractiva.

2-Mirar fotos de otras personas desnudas.

3-Masturbarse pensando en otra persona.

4-Ninguna de estas opciones.

Esta pregunta me desconcertó un poco, porque hacía mucho que no pensaba en cosas así, entonces no fue extraño que marcara el cuatro, aunque bien podía ser que no pensara de ese modo.

Elige el mejor lugar para contraer matrimonio

1-Una capilla de madera en la cumbre de una montaña.

2-Un transatlántico.

3-La terraza de un rascacielos.

4-Un tanque de guerra.

Me quedé pensando un buen rato sobre la terraza del rascacielos, pero finalmente elegí el tanque de guerra. En la pantalla bulló algo y apareció una foto: un rostro con los ojos cerrados, descansando sobre un almohadón lleno de flores. Y un texto: “Ya no deberás seguir contestando otras preguntas. Las respuestas que diste demuestran que no puedes ingresar a la Casa del Amor”.

Beata de alguna manera debió haber sabido que yo no aprobaría el test. La muy concluida.

–Hola –dijo Krzysiek, de la sección de cultura, un ex bigotudo. Todos los bigotudos venían afeitándose desde hacía un tiempo, y puede que lo hayan hecho el mismo mes¹. Después de afeitarse Krzysiek pasó de ser un sujeto tenebroso a ser un bebé gigantesco, e incluso comenzó a comportarse como tal. Ahora se había metido en la oficina, se puso triste y se sentó en un banquito hexagonal junto a la ventana.

1. Es una referencia a una moda que hubo en Polonia: imitar los frondosos bigotes de Lech Walesa, el líder del sindicato Solidaridad y posterior presidente del país. La moda terminó al mismo tiempo que la popularidad de Walesa. (N. de la T.)

–¿Qué pasa? –le pregunté, porque parecía querer decir algo.

–Me pasó algo extraño –dijo Krzysiek.

–Dale, contá.

–Encontré una falla en el derecho marítimo.

–¿Y eso es tan triste?

–Está relacionado con un modo impune de matar gente.

–¿Eh?

–Ahora se puso interesante, ¿no? ¿Ahora me vas a escuchar?

–Krzysiek sacudió la cabeza. Me daba la impresión de que cuando tenía bigotes se le veía mejor la cara, no como ahora, que la tenía toda borronada de rosa.

–Bueno, dale, metele.

–Descubrí que se puede cambiar el registro de un barco, de manera que pase a ser de otra bandera. Entre la baja de una y el alta de la otra puede pasar más de un ratito.

–¿Y eso conduce al homicidio?

–Sí, porque no hay ninguna ley que prohíba el cambio de bandera cuando el barco está en alta mar. Si el barco pide cambio de bandera cuando está fuera de las aguas territoriales de algún país, entonces, en el lapso entre banderas, se encuentra automáticamente fuera de la jurisdicción de cualquier país. O sea, fuera del alcance de la ley. El capitán podrá establecer sus propias leyes. Por ejemplo, matar a alguien.

–¿Cuándo te enteraste de eso?

–Hace un año.

–¿Y me lo venís a decir ahora?

–Porque ahora me enteré de que alguien lo está haciendo. Un ruso, un armador o capitán de una flota pesquera quiere hacerse unos pesos y está preparando un programa de televisión en el que dos personas se matan lentamente. En rigor, un hombre y una mujer. El programa se llama, me parece, *Adán y Eva*. Ellos se inyectan pequeñas dosis de veneno, se pasan electricidad de bajo voltaje, se hieren con unos cuchillitos pequeñitos como media uña, para que no resulte demasiado fácil. El que muere primero pierde. Primero uno tortura al otro, que está inmovilizado durante una hora, y después cambian de lugar. Hay unos marineros que los vigilan. El que muere primero, pierde, por supuesto –Krzysiek

se rió como una maestra cincuentona—. Y el que sobrevive se queda con la guita. Si sobreviven los dos, ninguno se la lleva. Todo lo hacen sin interrupciones para dormir o comer y dura como máximo tres días, porque parece que el lapso entre una bandera y otra no puede ser mayor que ése.

Krzysiek lo dijo con tristeza, pero al mismo tiempo con una especie de ternura poco seria, como si algo hubiera muerto, pero algo no muy grande, un canario, por ejemplo.

—Veo que te sentís involucrado —dije.

—Es que, fijate, yo inventé ese programa —Krzysiek me miró a la cara. Y después se volvió de nuevo hacia la ventana.

—¿Cómo es eso?

—Tal cual. Cuando descubrí esa falla, comprendí que las posibilidades eran infinitas, fuera del límite temporal de los tres días. Comencé a pensar qué hacer con eso. Y así fue como despacito inventé ese programa. Cuando te enterás de algo tan extraño, entonces sin querer comenzás a explorar las posibilidades. Pero yo sabía que nunca haría algo así. Sabía que no podía decirle a nadie ni una palabra, porque, imagínate, a alguno le podía gustar y probaría hacerlo.

—¿Pero se lo mandaste a alguna organización, no sé, de derecho marítimo, información como para que cambien la ley?

—No. Pensé que era mejor no menear una cosa así. Era mejor no decirle absolutamente nada a nadie, porque si no, se desparramaría la información. Se desparramaría la información de que esa posibilidad existe y alguien la aprovecharía antes de que ellos cambiaran la ley. Aguantar —Krzysiek por un momento volvió a su tono de antes, al tono del adulto bigotudo—, me dije, aguantar y no decírselo a nadie, tener cuidado. Bueno, pero cuando alguien es el único que tiene semejante secreto, encima, un secreto importante para muchos otros, entonces no le dan las fuerzas para no volver al tema una y otra vez. Y bueno, así fui desarrollando el programa, agregándole detallitos, en mi cabeza, desde ya. Hasta que entro a internet y leo acerca del ruso.

—Bueno —dije, porque semejante cuento casi pedía un “bueno”—. Sólo me queda felicitarte, porque no fuiste vos el que desarrolló el programa. ¿No podés consolarte con eso?

Krzysiek me miró con tanta seriedad que la silla se me corrió hacia atrás. Parecía que por fin el bigotudo y el bebote se habían unido en un solo hombre.

—Hombre —dijo—, si vos hubieras inventado algo así, lo hubieras hecho crecer en tu alma y después, de repente, lo hubieras visto en la realidad, ¿no te sentirías culpable ni siquiera por un momento?

No supe qué decir, porque, por un lado, la pregunta era por completo abstracta, pero por otro tenía algo de razón. O algo muy parecido a la razón.

—Eso no es lo peor —dijo Krzysiek muy bajo. Su cara rosada estaba cada vez más cerca y cada vez más parecida a la de un bebé—. Lo peor es que —prosiguió— ellos lo hicieron exactamente igual a como yo lo pensé. Con los detallitos. Incluso esos cuchillitos diminutos como la mitad de uña también los inventé yo.

Se levantó.

—Pensás que estoy chiflado, ¿no? —preguntó.

—No —mentí—. Pienso que de todos modos tendrías que preocuparte menos, porque no va a pasar nada. Seguro que al ruso no lo van a dejar hacerlo, ahora las organizaciones internacionales intervienen por razones humanitarias en los asuntos de los países, entonces también van a intervenir en un barco sin bandera. Además, seguro que van a encontrar algún artículo o párrafo para hacerlo. Ahora están juzgando en España a tipos que cometieron delitos en América, lo sabés, ¿no? Además, vos sos periodista, entonces sabés lo que se hace con las noticias, a lo mejor es sólo una provocación o carne podrida...

A lo mejor, lo que estaba diciendo no era demasiado coherente, porque Krzysiek se fue. Pero ¿qué podía ser coherente en esa situación? Lo que él había dicho era tan extraño que llegaba a recordarme a Rabin. Rabin, al que tenía que llamar y enterarme de qué le había sucedido como para pasar al grafiti.

—La sentencia será ejecutada de inmediato. Después de la señal, decí tu último deseo —dijo con mucha seriedad una voz de mujer. Era la novia de Rabin. Eso quería decir que todavía no había terminado con ella, si es que no había levantado esa voz

del contestador de ella. La inscripción del paredón debía obedecer a otra causa.

Estuve ahí cuando grabaron el mensaje. Ella no quería decir ese texto, se lo tomaba muy a pecho. En ese entonces todavía era cristiana. Rabin se la había quitado a un pastor joven de una iglesia pequeña, una de esas iglesias nuevas, al estilo de Estados Unidos. Era virgen (se mantenía para el pastor, “para después de casarnos”, era una huevada de un medio también huevón). Seguramente pensaba que redimiría a Rabin, porque intentaba convertirlo todo el tiempo. Él le proponía que por compromiso pasaría al budismo. O al Islam. De todos modos, toda esa relación era una pelotudez, a Rabin lo copaban las pelotudeces. Bueno, y también el haberle quitado la novia al pastor. Decía que cuando pensaba en eso, se le encogía todo, pero de un modo muy agradable. Como si el cuerpo entero se convirtiera en un puño cerrado.

Dado que el celular estaba apagado, probé con el de línea, pero me atendió el contestador, con un mensaje de Rabin en latín. A veces le daba por no contestar los llamados. A veces también le daba por salir de la casa y dar vueltas por la ciudad por horas, una decena de horas, pero eso le pasaba en primavera.

Ante todo yo quería saber qué cosa tan especial había sucedido en su vida. Pero para eso él no me era tan indispensable, porque todo lo que sucedía en su vida era ampliamente conocido y comentado entre los que lo frecuentaban.

Llamé al padre.

–¿Hola? –preguntó una voz triste.

Estaba en la casa, como siempre. Casi nunca salía. Consideraba que la visión de la calle era mucho más aterradora que cualquiera de sus cuadros. Seguramente tenía razón, porque a mí en particular nunca me aterró ninguno de sus cuadros. Pintaba cosas que no tenían título, pero que hubieran podido llamarse “Tierra rellena de cadáveres” o “Esqueletización de un recién nacido”. Era un enano de ojos pequeñitos.

–¡Hola! ¡Buen día, soy Maciek!

–Buen día –se entristeció aún más el padre de Rabin–. Usted llama por Michał, ¿no?

–Sí, no puedo contactarme con él.

–Yo tengo el mismo problema –el padre de Rabin era muy prolijo para pronunciar–. Lo estoy llamando desde hace tres días, pero no contesta. No supe más de él desde que lo vi por última vez el jueves. Y le voy a decir, joven, que estoy un poquitín preocupado.

–Bueno, no exagere, a Michał le gusta desaparecer.

–Lo sé mejor que usted, joven, pero cuando lo vi tenía un comportamiento algo...

–¿Extraño? –pregunté, sonriendo de tal modo que esa sonrisa se pudiera sentir a través del auricular.

–Vea, joven, él no es una persona normal, como yo tampoco. Él siempre hizo cosas que pueden ser consideradas extrañas. Pero esta vez hizo algo que no hacía desde el décimo año de vida.

–¿O sea?

–Cuando vino a verme, tenía mucha hambre. Le hice dos bifeces grandes. Los devoró...

–Bueno, a Michał siempre le gustó...

–Y después enseguida fue al baño. Me inquietó que pudiera vomitar, aunque sabía que no había tomado nada. Me acerqué a la puerta para escuchar qué estaba pasando y oí que hablaba consigo mismo. Con esa otra voz.

–¿Y qué decía?

–Algo como “por el agujero, por el agujero”, si oí bien.

–Sabe qué –recordé para qué había llamado–, puede haberle pasado algo, porque aparecieron inscripciones nuevas, usted sabe, de ésas. En la calle Dolna vi una: “Rabin 1972-2001” y...

–Bueno, ahora sí que me asustó, joven. Me voy a la casa –me interrumpió el padre de Rabin.

–Entonces usted cree que podría ser algo serio... –comencé, pensando por qué se había preocupado tanto. Y de repente, en el rincón más pequeño, más oscuro de mi cabeza apareció cierta idea.

–Voy a la casa –repitió el padre.

–¿Sabe qué? Yo no puedo, pero le voy a pedir a Adam que vaya para allá. Por las dudas, no quiero decir nada, pero a lo mejor habrá que calmarlo, contenerlo –dije rápidamente, y sólo

después me di cuenta de que decía cosas sin sentido, porque lo que ambos pensábamos no tenía la menor relación con contener y calmar. Menos mal que estaba tan bien guardado en ese rinconcito de la cabeza al que por lo general no se visita. De otro modo, no tendría nada de agradable.

Algo maulló en mi computadora. Había recibido un mail. Me despedí rápidamente del padre de Rabin y abrí el correo. El mail venía de la Criminet. Contestaron. La velocidad que tenían era aterradora. Y no sólo la velocidad, tal como comprobé al comenzar a leer:

Lamentamos informarles que no estamos interesados en vuestra proposición. Por motivos relacionados con nuestro modus operandi, nos resulta inadmisibles aprovechar la información proveniente de alguien que no trabaje en nuestra empresa. También nos resulta inadmisibles que alguna información que aparezca en la Criminet pudiera aparecer al mismo tiempo en otro lugar. La Criminet es una fuente que tiene la exclusividad sobre la información que publica. Cuando la Criminet tiene información, no la tiene ningún otro medio. Les rogamos recordar nuestro lema: "Criminet. Crímenes. Accidentes. Hechos no aclarados. Esta información no la encontrarás en otro lugar". Con todo respeto. El equipo del Servicio Criminet.

Muy mal. Eso quería decir que les servimos el tema y que se habían enterado. Ahora se ocuparían ellos solos, y como tenían ciertos datos –apellidos, domicilios de los desaparecidos– llegarían antes a la meta. Y nos decían a nosotros que no los molestáramos.

Bajé de la redacción a la cocina, donde solía estar Adam. Esta vez no estaba sentado, sino parado, de espaldas a mí, en un rincón entre la pared y el anafe, calentándose las manos con la pava eléctrica. La pava siempre estaba caliente, porque se encendía automáticamente cada diez minutos.

Adam me hacía las investigaciones, pero antes que nada era un amigo. Lo llevé a trabajar al diario porque alguna vez, cuando todavía planeaba magníficos futuros para todos mis amigos, Adam debía ser mi mano derecha en un multimedia que yo presidiría.

–¿Adam? –dije.

–¿Sí? –contestó y se dio vuelta, pero hizo como ciento ochenta grados más y de nuevo se concentró en la pared y la pava.

–Adam, llámame, pedí un taxi y que te lleve a Służew, a la casa de Rabin.

–¿Pasa algo?

–Puede –dije–. Parece que se encerró en la casa. Pero antes empezó a hablar con esa otra voz. A lo mejor hay que ayudar al padre, sabés lo que pasa cuando a Rabin le da por ese lado. Él va a estar ahí.

–¿Quién? ¿El padre o Rabin?

–El padre, seguro, y Rabin no sé. Pero...

Recordé el trabajo, porque todo el asunto de Rabin podía ser un delirio, pero el trabajo, por desgracia, no era fruto de la imaginación.

–Pero cuando estés esperando el taxi –continué– llámame a esa policía a la que le debemos el tequila y pedile que nos encuentre los apellidos y domicilios de estas personas desaparecidas.

Le di a Adam lo que habíamos impreso de la Criminet.

–Putá –dijo Adam, pero sin el menor énfasis, como si dijera “estación de ferrocarril”–. ¿No podés llamar vos?

–Yo ya le hice la cabeza con tantas cosas, que no me banca.

–No tengo ganas de viajar. No tengo ganas de llamar por teléfono.

–¿Dale que eras un buen chico? Si tratás de ser un buen chico, te va a salir bien.

–Andate –me parece que dijo Adam, pero cuando fui arriba, a mi oficina, y empecé a revolver la web de meteorología, sonó el teléfono y era él.

–¡Anotá! ¿Tenés con qué? –gritaba Adam por el celular–. ¡Marta Brzanka, Sebastian Rogowski, Bartłomiej Gryniak, Justyna Jasny, Herbert Iwanicki, Monika Sztajn! –aullaba a toda velocidad, pero resultaba inteligible. Después me dictó las direcciones. Debía estar en el taxi. Tenía una cualidad: si se veía obligado a salir de la redacción, trataba de resolver todo lo antes posible, para volver más rápido.

–¿Estás yendo a lo de Rabin?

–¿Y qué te parece?

–Entonces, llámame en cuanto te enteres de algo.

–Se comprende...

Incluso antes de apagar el celular, comencé a llamar desde el de línea al 110. Di los apellidos y obtuve los números de teléfono de los padres. Después agarré el teléfono y me puse a marcar el número de los Brzanka.

–¿Hola? –preguntó una mujer aterrada.

–Buenos días, llamo del diario...

–Vea, señor, yo no voy a hablar con usted.

–¿Pero por qué?

–Porque no hay de qué, señor.

–Pero ¿cómo? ¿Y su hija?

–Mi hija, señor, volvió a casa. Ella se sintió medio mal en la ciudad y con el muchacho decidieron, así de repente, irse de viaje. Le di permiso por una semana.

–¿Ella la llamó por teléfono?

–Señor, no voy a hablar con usted.

–Muchas gracias.

Los pibes siempre se fugan de la casa, sobre todo cuando se enamoran. Me envolvió una gran calma, como si estuviera comenzando el fin de semana. La verdad es que no tenía muchas ganas de escribir sobre ese asunto, porque en rigor no sentía que hubiera ningún asunto. Es muy penoso movilizarse por cosas que en sí mismas no tienen nada que movilice.

Por sentido de responsabilidad decidí verificar cómo se presentaba la situación con los padres de Bartek Gryniak.

–¿Hola? –atendió de inmediato una mujer.

–Buenos días, mi nombre es Maciej Niwiński, llamo del diario...

–¡Ah!, siendo así, ni se gaste –dijo con tristeza la mujer.

–¿Por qué?

–Porque no le voy a decir nada.

–Sólo quería saber si su hijo volvió a casa.

–¿Y a usted qué le importa?

–Nos interesa.

–Entonces, desinterésense.

–¿Cómo?

–Tal cual. Mi hijo está seguro. Está en un lugar seguro con su chica.

–¿Está de viaje?

–Sí. Está de viaje y en un lugar seguro. Adiós.

Todo se confirmaba de un modo tan maravilloso que cerré los ojos y por un momento sólo escuché el chapoteo de la lluvia detrás de la ventana.

Hasta que me di cuenta de que en realidad me molestaba algo. Yo me sentía aliviado y feliz, pero las madres, no. Y deberían sentirse aliviadas y felices como yo, porque sus hijos habían aparecido. ¿A lo mejor estaban emputecidas con ellos porque se habían hecho tanta mala sangre? Por eso reaccionaban así ante el llamado de un periodista. Sin embargo tendrían que haber estado más relajadas. Y estaban tensas, como si estuviera por pasar algo. Y las dos decían lo mismo, aunque sus hijos no se fueron juntos, porque eran parte de dos parejas diferentes.

De inmediato agarré el teléfono y una vez más llamé a la madre de Gryniak. Pero conecté el grabador. Ella de nuevo atendió al toque. Todavía no sabía qué iba a decirle. Por suerte estaba sentado en la redacción y sólo hablaba por teléfono con ella, porque mirándola a los ojos hubiera sido más difícil.

–Te estuve controlando –dije–. Estuvo bien que no te pusieras a charlar con el periodista.

Oí la voz de la misma mujer, pero totalmente distinta, como la de una niña, pero más gritona:

–Discúlpeme, por favor... Es decir... Por favor, dígame cómo está él, se lo ruego... se lo ruego... se lo ruego... –repetía en voz cada vez más alta, pero insegura, como si estuviera buscando decir algo distinto, pero no lo encontrara.

–Cómo se sienta él depende sólo de vos –sentí que en vez de lengua tenía en la boca algo más seco, que me raspaba–. Porque de vos depende cuándo se vaya.

–¡Pero nosotros no tenemos la plata que ustedes quieren! ¡No vamos a poder juntarla ni en un año! Señor, le ruego...

–No pienso en absoluto en la plata. Pienso en la policía. Hay que avisar lo más rápido posible a la policía, para que los encuentre antes de que hagan algo malo.

Se ahogó, y después tosió. Es sorprendente cuántas veces y cuánto puede cambiar la voz humana en una sola conversación.

—¿Quién es usted? ¡Usted sabe algo de ellos!

—Por desgracia, no, pero me voy a enterar, si usted me ayuda. Me llamo Maciej Niwiński, periodista; ya me presenté. Y ya sé que su hijo fue secuestrado, usted misma me lo dijo...

Un rugido. Y después, el tono del teléfono. Me di cuenta de que durante todo el transcurso de esta última conversación me había sentido como si mi cuerpo fuera un puño apretado.

Después me levanté, saqué el casete con la grabación de la llamada, pedí por teléfono un taxi, guardé el papel con las direcciones y salí de la redacción. Artur, el vigilador de la enorme cabeza, estaba parado en la escalera y revolvía en un recipiente transparente que parecía un pequeño acuario repleto de tornillos.

Tuve que esperar un poco la llegada del taxi, pero la espera no fue para nada desagradable. La lluvia seguía cayendo, y la calle estaba oscura y silenciosa como una antesala, por lo menos hasta que el puto taxi llegó arrastrándose hasta la entrada de la redacción.

En el interior uno se podía sentir como en un submarino, porque era cálido; detrás de la ventanilla había mucha agua, y los pocos transeúntes con los que nos cruzábamos también tenían algo de pez en la mirada. Los cruzábamos como un gran tiburón veloz, como un depredador gris. El taxista tenía un diario de distribución gratuita. Lo hojeé porque esos diarios nos bajaban las ventas, pero lo único que me golpeó como una patada fue una enorme publicidad de un teléfono especial “de confianza”: “¡Si Querés Hacer Algo Malo, Llamá Antes De Hacerlo!”. Doblé el diario para no ver el aviso, porque tenía que hacer algo que requería concentración. Ni siquiera podía tener espacio mental para dudar sobre cómo era lo que estaba haciendo.